

CARTA EDITORIAL



HOMENAJE A WALTER PATIÑO

Suele decirse que la perspectiva de la muerte le da sentido a nuestras vidas. Una enfermedad renal diagnosticada a los catorce años hizo que la muerte luciera más cercana para Walter Patiño Fernández. Así, el sentido que Walter construyó a lo largo de sus cincuenta años fue un Sí a la vida. Walter: líder en el kínder ayudando a la profesora con las onces de los niños; Walter: monitor en el Colegio San Carlos y empleado de la tienda donde ganaba los pesos para los algos suyos y de sus hermanos; Walter: un cuerpo débil por la anemia que produce la diálisis, una falta de fuerzas para caminar, un dolor intenso en las rodillas, una tristeza por no estrenar la cancha de baloncesto recién inaugurada. Walter: un cuerpo con más obstáculos que el promedio. Sin embargo, dice su madre Resfa Fernández, en su mente rondaban las enseñanzas del PARAMHANZA YOGANANDA –la mente es la que manda a los músculos, la fragilidad externa tiene un origen mental.

Vino la universidad y con ella un mundo entero de retos: al poco tiempo fue seleccionado como monitor donde integró el grupo *Gutac*. Éste, según sus propias palabras, era un compendio de enseñanza de la mayoría de deportes que tenían como objetivo la motricidad, la honestidad, la calidad en la enseñanza y muchas otras virtudes que lo enamoraron de la profesión que había elegido. Al recibir la licenciatura en educación física, continuó allí como docente de cátedra y comenzó la especialización en entrenamiento

deportivo. Hizo las prácticas en canchas de los barrios más deprimidos del área metropolitana donde muchas veces tuvo que comprar el permiso a los maleantes del sector. Allí entregó toda su fuerza y capacidad de conocimiento para ayudar a los niños y hacerlos amar el deporte tal como él lo amaba. Como docente del PCJIC, tomó las riendas de la Tecnología en Entrenamiento Deportivo en Rionegro. En Rionegro también fundó un Semillero de Investigación y en Medellín creó la Revista Kynosarges. Un nombre raro para una revista de educación física. Raro, hasta que comprendemos su origen, el cual conocía muy bien Walter, quien siempre tuvo gusto por la Grecia Antigua, por su culto al cuerpo, por los Juegos Olímpicos. Walter sabía que la grandeza de los gestos del presente hunde sus raíces en los gestos del pasado. Cuando uno lee su Editorial “De la Grecia antigua a la Nueva KynoSarges”, deduce que la creación de la revista, más que un encargo, que una tarea, era una pasión y una convicción. Entre líneas se puede ver el entusiasmo con el que hablaba del proyecto de la revista.

No usó la enfermedad como excusa y evitó que lo identificaran por su enfermedad, afirma su amigo y colega Andrés Zapata. “Walter era un personaje”. La diferencia entre un personaje y una persona es que el primero es una exageración de la vida. Walter era exageradamente cumplido, dice Andrés, si es a las 8, es a las 8. Fue un exceso de vitalidad en un cuerpo enfermo. Su dolor fue el dolor de la parturienta. Un dolor creador, un dolor del que nace algo. Sus estudiantes de trabajo de grado recibían la asesoría virtual mientras Walter, también un docente de horarios no convencionales, ardía en fiebre al otro lado de la pantalla, acostado en la camilla del hospital, con el portátil sobre su vientre. El viernes 18 de noviembre, sin fuerza para levantarse, pidió que le llevaran el computador para programar las reuniones del próximo lunes. Al día siguiente falleció.

Aunque, como dice Leila Guerriero, este es un error común: creer que ya no está entre los vivos.

Sigues entre nosotros, amigo sin condiciones, hijo, hermano, esposo, padre inmejorable y MAESTRO.

QPD. 1972-2022.

